

XV

SEÑORES :

La solemnidad que nos reúne en este lugar, bajo la presidencia del mas alto magistrado del pais, tiene por objeto tributar un homenaje nacional á uno de los genios mas esclarecidos con que se honra el mundo ; á uno de los hombres mas grandes de nuestro siglo, al inmortal americano Samuel Morse, gloria de las ciencias prácticas y que ha sido el benefactor de la humanidad por su invencion del mejor aparato telegráfico moderno.

En la sesion solemne consagrada por la Sociedad Mexicana de Geografia y Estadística á honrar la memoria del inmortal Samuel Morse, la noche del 21 de Diciembre de 1872, bajo la presidencia del C, Presidente de la República, Sebastian Lerdo de Tejada.

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, que es la primera por su antigüedad, por sus relaciones y por sus trabajos, de todas las científicas que existen en nuestro país, y que se ha honrado contando en el registro de sus miembros honorarios el nombre de Samuel Morse, no podía ni debía omitir este justo testimonio de admiración, particularmente cuando á la muerte de tan eminente sabio las sociedades científicas del mundo se habian apresurado á honrarlo con el apoteosis.

Y hubiera sido una de las primeras en llenar ese deber, si algunos motivos involuntarios no se lo hubieran impedido. Para pagar, pues, esa deuda inmensa, ha querido celebrar una gran reunion antes de que concluya el año de 1872, en cuyos dias acaeció la muerte del grande hombre, y quiere tambien inaugurar este nuevo santuario consagrado al culto de la ciencia, poniéndolo bajo los auspicios del genio que es el ornamento del Nuevo-Mundo.

En esta circunstancia, es de ley reseñar la vida y el carácter del hombre á quien se honra, y hacer su panegirico. Tal mision, su-

perior, en verdad, á mis luces, me está encomendada á causa del encargo que desempeño; pero al pretender cumplir con ella, me viene una consideracion en la que estoy seguro de que me habeis prevenido.

Hacer la biografía de Samuel Morse, no es necesario. La personalidad de este hombre, mas que la de ningun otro, es conocida no solo en el mundo científico, sino aun en la masa comun, pocas veces atenta á la suerte de los sabios á quienes debe su mejora material y moral.

El nombre del gran inventor americano resuena con gloria no solo en la América que ha conquistado con él su derecho de primogenitura, sino en la culta Europa que sin vacilar se ha inclinado ante su genio; en la vieja Asia, donde cien generaciones de sabios se han levantado asombrados entre el polvo de sus vastos sepulcros para saludar en nombre de la pasada civilizacion á este sublime apóstol de la nueva, y en el Africa, donde el cadáver de otra opulenta civilizacion se ha sentido galvanizado al choque del progreso moderno, y donde un pueblo inmenso y desconocido que se creia condenado á la esclavitud ó á la bar-

bárie, ha visto brillar en la chispa eléctrica la luz de la esperanza.

Por donde quiera que el hilo telegráfico atraviesa, sea colgándose de los árboles centenarios de la India, de la Rusia ó de la América, sea revelándose por sus gigantescas boyas en el Océano Atlántico ó en el golfo Pérsico, donde quiera el nombre de Samuel Morse es saludado con el *hosanna* de la gratitud y de la admiración.

¿Para qué repetir, pues, en medio de una reunión de hombres ilustrados una vida que se relata como una leyenda por el mas oscuro marinero de Argel y por el mas salvaje cazador de los Andes?

Además, la biografía de cualquiera de los grandes inventores está hecha á la simple enumeración del invento. Ya se sabe; para hacerlo aceptar á la humanidad, siempre incrédula cuando se trata de ciencia, el sabio tiene que apurar hasta las heces el cáliz de todas las amargas. La ignorancia, bajo sus mil formas, la tradición con sus preocupaciones consagradas, la ciencia misma que se vuelve estúpida cuando confunde la inexperiencia con la imposibilidad, todo se atraviesa en el camino del

osado que franquea los linderos de lo desconocido.

Allí, en ese camino de constantes escabrosidades es donde esperan al inventor el anatema, la burla, la indiferencia, el desaliento, y á veces la locura, hija de la desesperación.

Solo la madre Naturaleza estrecha entre sus brazos regocijada al hijo que le arranca un secreto, y solo ella fortifica su espíritu contra tantas penalidades. ¡Ay de aquel que en las angustias del naufragio no la siente junto á sí, ó no confía en ella! Está perdido si no tiene fé; pero se salva cuando no reniega, porque ella sola basta para vencer todos los obstáculos.

Así se salvó Galileo, así se salvó Guttenberg, así se salvó Colon, y así se salvaron Franklin y Fulton, predecesores de Morse en los grandes inventos modernos.

Por fortuna, hoy el escepticismo es menos peligroso que en otras épocas, porque no lo inspira un fanatismo ignorante ó una especulación recelosa, como en esa Edad-Media inconsciente preparadora de grandes cosas, y que semejante á la mujer de Priamo, tenia miedo de lo que llevaba en sus entrañas.

Este es el tiempo de los prodigios científicos, y una vez salida la humanidad del entumecimiento secular de las épocas pasadas, da pasos gigantescos en la vía del adelanto. De mediados del siglo XVIII á esta parte, todo marcha con una rapidez vertiginosa.

Casi en los mismos dias en que Claudio Chappe hacia el primer experimento de su telégrafo aéreo delante de los notables de Parcé (2 de Marzo de 1791), nacia en el Estado de Massachussets, en Norte-América, el hombre que debia llevar al colmo la rapidez de las comunicaciones.

Me es grato notar con este motivo, que una República, la francesa, fué la madre del telégrafo aéreo, hasta esa época el mas rápido de cuantos habia puesto en juego la humanidad, y que fué otra República, la americana, la madre del telégrafo electro-magnético, el mas perfecto de los que ha visto y verá el mundo, el que realizó enteramente aquella frase del sabio Lakanal, protector de Chappe, en su informe dado á la convencion francesa en 26 de Julio de 1793: « *El telégrafo acorta las distancias; rápido mensajero del pensamiento, rivaliza en celeridad con él.* »

Lo que era una hipérbole respecto del telégrafo de señales, fué una verdad respecto del telégrafo eléctrico. Despues de Chappe, la *pila voltáica* hizo mas fáciles las aplicaciones de la electricidad, y la *imanacion temporal* encontrada por Francisco Arago presentó una esfera mas amplia á los ensayos de la telegrafia.

La Naturaleza esperaba impaciente al hijo que debia pedirle el secreto definitivo, aquel secreto ansiosamente buscado por cien generaciones; y como otras veces, no lo vió salir de las Academias, ni de las Universidades, sino de la masa de los estudios, casi profanos en la ciencia. Un nuevo Franklin se presentó. ¡Era Samuel Morse!

Como su compatriota, no era sabio de profesion: era artista, y buscaba la gloria por los senderos que antes que él habian recorrido Fidias, Praxiteles, Apeles, Miguel Angel y Rubens.

La gloria debia sonreirle en ellos, pero no coronando su « *Hércules moribundo,* » sino aquel cuadro preparado para la pintura, y convertido por el genio y la pobreza en el primer aparato telegráfico.

En 1835 nació el telégrafo magneto-eléctrico, tal como lo tenemos hoy.

En 1752 Franklin *había arrebatado al cielo el rayo,*

Eripuit cælo fulmen.....

y lo había encadenado en las manos del hombre. Ochenta años despues, Samuel Morse le enseñó la palabra humana, le hizo hablar á su albedrío, ciñó con él la tierra como con un cingulo de luz, lo hundió en las vastas soledades del Océano, para llevar al través de aquellas regiones tenebrosas y de aquellas inmensas capas fósiles la palabra de un continente á otro continente; unió así á los pueblos, salvó las fronteras, derribó las murallas, pulverizó las preocupaciones, fundió las lenguas é hizo palpar con un mismo latido el corazón del género humano.

« *Tanto movilior vis et dominantior hæc est,* » como dijo Lucrecio.

¡Prodigio que se cree porque se mira! ¡El flúido eléctrico se ha hecho Verbo! Si Thales de Mileto se levantara de su tumba, presenciaria un triunfo inmenso. ¡Hé aquí los prodigios realizados por aquella *Alma* que él había adivinado en el ámbar amarillo!

Digan otros que me sucederán en la palabra, cuáles son las infinitas trascendencias de este descubrimiento sublime, en la política, en las ciencias, en el comercio, en la moral, en la paz y en la guerra; yo, absorto al considerar esta maravilla del talento humano, y al recordar las épocas pasadas, al ver la tendencia de todos los pueblos para comunicarse rápidamente, no puedo menos de crearme dichoso en haber alcanzado este siglo de luz que tantos hombres antes que nosotros soñaron, sin creerlo posible.

Homero, el divino cantor de la Iliada, Esquilo, el sublime cantor de Prometeo, nos hablan admirados, el primero en su Epopeya y el segundo en su tragedia *Agamenon*, del telégrafo de los viejos tiempos, de aquellas hogueras encendidas en las cumbres de las montañas para comunicar la noticia de las victorias á los pueblos lejanos. Nuestras tradiciones nacionales nos hablan tambien del telégrafo usado por esas razas grandiosas tzendales y nahoas cuyos monumentos nos asombran.

¡Oh! ¡quién había de decir á los poetas griegos y á los Hesiodos americanos que no

era en sus luminarias donde tomaríamos nosotros los hijos del siglo XIX el modelo de nuestro telégrafo, sino en aquellos dioses que abarcaban de un solo paso un continente, la anchura de los mares y la inmensidad del cielo!

Al reflexionar en esto, nos preguntamos: ¿Por qué Franklin y Morse no habían de decir también lo que los dioses etruscos de los *Fastos*?

Di simus.
. arbitrium est in suâ telâ Jovi.

Con razón la humanidad consagra altares á estos héroes pacíficos y casi divinos, y los pueblos les rinden culto durante su vida.

Más grandes y más buenos que cuantos dioses ha inventado el género humano, por un grosero antropomorfismo, ellos no hacen uso del rayo para espantar á los humildes y á los ignorantes, ni para destruir á los pueblos, sino para unir á los hombres en un lazo común, y para hacer de la paz y la fraternidad los grandes elementos de la felicidad humana.

¡Ellos sí que son los representantes de la Divinidad sobre la tierra!

XVI

SEÑORES:

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de la cual tengo el honor de ser el primer secretario me há comisionado, en unión de varios de mis colegas, para rendir en su nombre, los últimos honores á los restos mortales de aquel que fué uno de sus socios más distinguidos, del sabio naturalista Don Luis Hann.

Nosotros cumplimos este triste deber, y yo como un vivo testimonio del alto aprecio que

Pronunciado, en nombre y por encargo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en el cementerio de la Piedad, al inhumarse los restos del sabio naturalista alemán Don Luis Hann, miembro de aquella corporación.